propias para otro género de combates. No basta la revelación, ni aun la filosofía racional; es indispensable entrar á saco en el arsenal de la filosofía positivista, de la política anticristiana, de las ciencias naturales; hay que apoderarse de los descubrimientos de la geología, de la astronomía, de la paleontología, de la biología, de la antropología, de la etnografía, de la crítica histórica, de la arqueología y de la filología, y distinguiendo sagazmente en ese cúmulo de hechos, de noticias, de descubrimientos y de leyes lo hipotético de lo científico y lo fantástico de lo racional, purificar la ciencia y señalar sus límites para que resulte, cual no puede menos de suceder, la harmonía y la conciliación de la verdad científicamente adquirida con las verdades que nos revela la fe cristiana; para que la misma ciencia, impotente en sí misma para remontarse á demostraciones que no se hallan incluídas en sus principios, ni al alcance de sus criterios de certidumbre, se circunscriba á su propio objeto, proclame la necesidad y la utilidad de las ciencias superiores y hasta conduzca á los sabios á la indagación de los fundamentos de la fe [1].

§ V

Condiciones de la defensa apologética.

1. *Primera condición:* Conocimiento exacto de los dogmas. — 2. La exégesis auténtica y la exégesis privada. — 3. Consecuencias de esta distinción. — 4. La ciencia y las hipótesis. — 5. *Segunda condición:* Conocimiento de la Teología. — 6. Los enemigos de los dogmas. — 7. *Tercera condición:* Conocimiento de las ciencias. — 8. La política anticristiana. — 9. *Cuarta condición:* Conocimiento del derecho natural. — 10. *Quinta condición:* Conocimiento de la Iglesia. — 11. Exigencias de la lucha actual. — 12. Deficiencias de la ciencia moderna.

1. Dos requisitos esenciales debe, por consiguiente, llenar un estudio apologético que responda á la nueva evolución

1 Cum recta ratio fidei fundamenta demonstret, *Concil. Vatic.*, Const. de fide, cap. III.

de las ideas: la exposición precisa de nuestros dogmas católicos y su defensa. El primero ha de establecerse sobre pruebas irrefragables y demostraciones victoriosas, tomadas de las fuentes primitivas, de la tradición, de las Escrituras y de las definiciones de la Iglesia; con firmeza en lo esencial y latitud de criterio en las deducciones libres que no pertenecen á la fe, por más que se hallen patrocinadas por las eminenciás de nuestras escuelas católicas. Basta pasar la vista por algunos libros hostiles á la Religión, para convencerse de la confusión y de la ignorancia que acerca de materias dogmáticas reina en el campo enemigo. Los apologistas de los primeros siglos, los Santos Padres, los Doctores de la Escolástica, vestían y desarrollaban el dogma católico utilizando los conocimientos filosóficos y científicos que privaban en las escuelas contemporáneas; hablaban el lenguaje de su tiempo. Han progresado las ciencias, que para eso entregó Dios el mundo á las disputas de los hombres; nuevas y más fundadas soluciones han sustituído á las aceptadas comunmente por las grandes ilustraciones católicas de otros siglos, que serán prez y gloria del género humano; y abundan también los semisabios que, "admirando las líneas generales de la creación según Moisés, superior á todas las cosmogonías mitológicas, encuentran en ella dos errores: el *geocéntrico* y el *antropocéntrico*„ [1], confundiendo lastimosamente la corteza con el fruto, lo humano con lo divino, lo científico con lo dogmático. Podrían multiplicarse los ejemplos de esta clase sólo con pasar la vista por los libros de Drapper y de Strauss que, fantaseando artículos de fe, como D. Quijote fantaseaba gigantes y cuerpos de ejército, dánse aires de triunfadores en nombre de la ciencia, por haber trabado batalla con molinos de viento ó indefensos carneros. Procede, pues, ante todo, un deslinde, no pre-

1 Haeckel, *Histoire de la Création*, pág. 29.

cisamente entre la ciencia y la fe, que se hermanan á maravilla, sino entre la ciencia y la opinión, y entre el dogma y su explicación privada, cuya confusión es la generatriz de los conflictos actuales.

2. La Iglesia, por el órgano autorizado de sus Concilios, ha cuidado de distinguir y separar la exégesis auténtica y católica de la individual y privada. Fruto ésta última de insomnios y de paciente labor de los primeros ingenios que han ilustrado el dogma, no es un dogma de nuestra fe, como las hipótesis y opiniones no son deduciones de los principios científicos, sino punto de partida de un proceso indagatorio.

No otra cosa significan las siguientes reglas dadas para la recta interpretación de la Sagrada Escritura.

"Decreta el Santo Concilio, con el fin de contener á los ingenios insolentes, que ninguno fiado de su propia sabiduría se atreva á interpretar la Sagrada Escritura en cosas pertenecientes *á la fe* y *á las costumbres*, que miran á la propagación de la doctrina cristiana, violentando el sagrado texto para apoyar sus dictámenes, contra el sentido que le ha dado y da la Santa Madre Iglesia, á la que privativamente toca determinar el verdadero sentido é interpretación de las sagradas letras, ni tampoco contra el unánime asentimiento de los Santos Padres [1]."

"Renovando este Decreto, continúa otro Concilio, declaramos ser su sentido que en las cosas *pertenecientes á la fe* y *á las costumbres*, que miran á la propagación de la doctrina cristiana, se tenga por verdadera interpretación de la Sagrada Escritura la que ha dado y da la Santa Madre Iglesia, á la que privativamente toca determinar esa interpretación [2]."

Al mismo tenor fué definida como dogma de fe la infalibilidad del Pontífice Romano, cuando en su calidad de Pastor

1 *Concil. Trid.*, Ses. IV, Decret. de edit. et usu sacr. librorum.
2 *Concil. Vatic.*, Const. de Fide Catholica, cap. II.

Supremo de la grey cristiana define con apostólica autoridad la *doctrina de fe* y *costumbres* que ha de abrazar la Iglesia [1].

3. Hemos subrayado con intención las palabras de esos textos que señalan autoritativamente el objeto propio é inmediato de la exégesis católica, encerrada hasta hoy, según declaración solemne de la Iglesia, en los textos doctrinales de uno y otro Testamento, que se refieren á la fe y á las costumbres, á la propagación, en una palabra, de la doctrina cristiana. La Biblia toda ha sido confiada á la Iglesia, porque es un libro inspirado: la Iglesia la interpreta asistida por el Espíritu Santo, y cuando la Iglesia habla, ó cuando los Padres, órganos de la tradición, explican unánimemente algunos de esos textos que tocan á la propagación de la doctrina sobrenatural ó revelada, las conciencias católicas se inclinan, seguras de una certidumbre superior á la que se deriva de otras fuentes de conocimientos; y seguras también de que, si la ciencia humana contradice á esos puntos definidos, ó comunmente enseñados, á alguno de esos textos doctrinales interpretados por los Padres y la tradición, en el sentido manifestado, la ciencia humana ha dado algún paso en falso en sus deduciones científicas, y debe rectificar su labor intelectual, proseguir sus experimentaciones, verificar sus inventos, y no descansar hata descubrir la solución de continuidad de que ha sido víctima en su proceso intelectual y lógico.

Mas, mientras que á la Iglesia no plegue abandonar esa reserva y darnos interpretación oficial de textos bíblicos que hasta hoy no parecen referirse al dogma ni á la moral, el apologista puede y debe explicarlos con santa libertad, como han hecho en todo tiempo los expositores sagrados, beneficiando los trabajos anteriores, ilustrándolos con la

1 Idem, Const. de Eccl. Christi, cap. IV.

luz que proyectan á cada paso las ciencias naturales, cuidando de no comprometer la doctrina de la Iglesia ni confundirla con las lucubraciones de los hombres, y no dando á la exégesis privada, antigua ó moderna — fuera de los casos exceptuados por los Concilios,— más autoridad que la de las razones [1] y la ciencia que militan en su apoyo. Y aunque sea suficiente esta regla para desvanecer muchos de los supuestos conflictos entre la ciencia y la fe, nada más natural que extenderla por analogía á la explicación de otras doctrinas católicas que no aparecen claramente contenidas en la Biblia.

4. Mas si no ha de confundirse la exégesis privada de los doctores católicos con la doctrina de la Iglesia, tampoco han de elevarse á la categoría de hipótesis científicas cuantas suposiciones hacen los sabios con el fin de sorprender las leyes, veladas aún, que rigen muchos fenómenos naturales, ni creerse nadie autorizado para modificar en consecuencia la interpretación bíblica que ha privado en las escuelas por más ó menos tiempo, sino esperar á que la hipótesis haga su noviciado, la confirmen ó la desautoricen nuevos descubrimientos; y si, terminado el período de prueba, adquiere relativa certidumbre y es comunmente aceptada por los sabios, entrando definitivamente en los dominios de la ciencia, tenerla entonces presente para la exégesis bíblica. Creíase, de acuerdo con la hipótesis de Laplace y las leyes de Kepler, que los planetas más apartados del sol habían sido los primeros en condensarse y en aparecer, sin que faltase quien con este motivo disparara proyectiles contra las afirmaciones de Moisés; nuevas y más pacientes

1 Los lugares de la Escritura en que se trata de cosas extrañas al dogma y á la moral, como la historia, la geografía, las ciencias naturales, etc., no suele interpretarlos la Iglesia, dicen Patrizi y Ubaldi. En estas materias los Padres de la Iglesia no son testigos de la tradición, y por consiguiente su autoridad vale sólo lo que valen los argumentos en que apoyan su interpretación. De ella podemos apartarnos si los argumentos no son demostrativos. Corluy, *La Controverse,* 15 de Julio de 1885.

observaciones sobre el movimiento directo de los seis planetas de antiguo conocidos, tienden hoy á darles la prelación de origen en nuestro sistema solar [1]. Lo propio ha sucedido con las teorías de la luz ideadas por Newton y Huygens, y no hay para qué multiplicar los ejemplos, tratándose de ciencias esencialmente progresivas, cuyas conquistas, basadas en demostraciones rigurosas, son muy contadas, y en las que abundan, por el contrario, hipótesis, brillantes á veces y recibidas con favor en los primeros momentos, para descender luego á la tumba del perpetuo olvido.

5. Tampoco basta para la exposición razonada de nuestros dogmas acudir á las Santas Escrituras, á los expositores sagrados y á los controversistas más perspicuos, sino que el apologista de nuestro siglo, como sus maestros en el difícil arte de difundir las verdades reveladas y defenderlas de sus adversarios, ha de estudiar las fuentes de la antigua teología dogmática, las bulas pontificias, los decretos conciliares, la tradición constante de la Iglesia, los más eminentes doctores de la Escolástica, á fin de levantar un monumento sólido en cuya construcción sólo entren las enseñanzas esenciales de la Iglesia, es decir, los dogmas inmutables y sus explicaciones auténticas. Separe en buen hora de ese hermoso edificio todo el ajuar de las disputas de escuela; decórele interior y exteriormente á la moderna; háblese en él el lenguaje de la nueva ciencia; ordene las pruebas y los argumentos cual mejor convenga á la estrategia y al gusto de nuestros días; sea, en una palabra, el apologista un nuevo Beseleel, como quiere San Vicente de Lerins, que engarce en este tabernáculo las piedras preciosas, la hermosura y el ornato de nuestra civilización, con tal que nada sacrifique de lo que es inmutable y eterno [2], y

1 *Revue des Questions scientifiques.*
2 *Commonitorium primum,* cap. XXII.

hará una exposición del dogma católico tradicional en el fondo y progresiva en sus formas accidentales, que será aceptada por todos los espíritus sinceros y amantes de la verdad.

6. A la exposición de los dogmas de la revelación sigue el deber de defenderlos. Cuatro clases de enemigos se aprestan en nuestros días, no solamente á abrir brecha en el alcázar de la fe, sino á destruirlo hasta en sus fundamentos, que pudieran llamarse racionales. Hemos dado á conocer á los positivistas materialistas; la política anticristiana, las ciencias naturales y la crítica histórica concurren al mismo fin, aunque utilizando medios diferentes y simulando ataques más ó menos disparados.

El positivismo materialista se atrinchera especialmente en la psicología, ó mejor dicho, en la fisiología. Prescindiendo completamente del alma, que finge desconocer, dirige sus esfuerzos á explicar las sensaciones, las imágenes, las impresiones, las ideas y hasta los juicios como meros resultados de la actividad cerebral, cuyo organismo, funciones, vibraciones é innervación analiza y estudia detenidamente, llamando en su auxilio todos los progresos de la anatomía, de la fisiología propiamente dicha, de la patología y de la terapéutica. Partiendo del hecho indiscutible de que el cerebro toma parte y es condición indispensable para la producción de los hechos psicológicos y hasta intelectuales, hacen de él, no ya un órgano del pensamiento, que fuera asaz atrevido, sino la causa inmediata que segrega las ideas, como el hígado segrega la hiel y los riñones la orina, y convierten la luz intelectual del hombre, y la verdad misma en un producto natural y físico, como el azúcar ó el vitriolo. El origen de ese laboratorio admirable, de ese órgano secretorio del pensamiento, lo explican los positivistas mediante el movimiento ascensional de las especies, segun la teoría transformista de Darwin, que, á poco que se la violente, borra toda

diferencia esencial entre el hombre y la bestia, y da razón del principio de todas las cosas por las energías vitales, inherentes á la materia, que debieron ser—dicen—mucho más potentes en los tiempos cosmológicos y entrar por sí mismas en ejercicio sin necesidad de la moción de causa alguna trascendente, y sí sólo bajo la acción de poderosas y recíprocas excitaciones moleculares. Claudio Bernard replica irónicamente que el cerebro segrega el pensamiento, como el reloj segrega la hora y la idea del tiempo; pero los positivistas no se abroncan con la aguda sátira del ilustre sabio, y responden á su vez que vieron ellos mismos á los patos silvestres reunirse en asambleas, discutir y votar, y á las cigüeñas de Magdeburgo condenar á pena capital á cierta cigüeña adúltera.

7. El apologista que intente descifrar este caos, ha de imponerse profundamente en la filosofía cristiana, apropiándose las conquistas definitivas y seguras que esta ciencia ha hecho en el espacio de muchos siglos; pero ha de aplicarse también al conocimiento de los progresos efectuados por la psicología contemporánea, asimilándose los datos anatómicos, fisiológicos y patológicos con que se engalana, para hacer ver á esos pretenciosos sabios que ni la masa cerebral, ni sus circunvoluciones y anfractuosidades, ni las vibraciones y movimientos de tan admirable mecanismo son razón suficiente para darnos cuenta adecuada de los fenómenos psicológicos é intelectuales del animal y del hombre; como el teclado, los secretos y los tubos de un órgano no explican suficientemente las harmonías maravillosas que llenan nuestras catedrales, debidas principalmente á la habilidad y al arte musical del organista [1].

8. La política anticristiana consiste en la omnipotencia del Estado que, mintiendo libertad, pone en todo su mano

1 Fontaine, *La Chaire et l'Apologetique*, pág. 178.

de hierro, confiscando en provecho propio actividades y fuerzas, para que nadie pueda moverse ni aun pensar sin el *placet* de ese poder absorbente y despótico, renacimiento del poder pagano anterior á Jesucristo. La Iglesia, que ha transformado esa concepción absoluta del poder civil, imponiéndole la ley moral, que consagra, mejor que las modernas constituciones, los derechos del individuo y de la familia, es mirada con desconfianza y acusada de usurpadora de facultades que no se le deben; y la que, con la sangre de sus mártires, emancipó de la fuerza bruta la conciencia individual, principio de toda libertad legítima, es tildada de opresora de la libertad.

9. Contra semejante invasión del Estado, que si no se ataja conduce al despotismo socialista, debe invocarse el derecho natural, tan olvidado en nuestros días y casi proscripto de la enseñanza universitaria. Derecho imprescriptible que nadie puede violar sin lesa majestad divina, porque surge del fondo mismo de nuestras almas, criadas por Dios con libertades, deberes y derechos inalienables, hollados hoy desgraciadamente por el absolutismo colectivo y centralizador de un Estado que sustituye la opinión á la conciencia, la ley á la justicia y la fuerza al derecho, del cual se cree ser él la primera fuente. Sobre el derecho natural han de basarse los derechos del individuo, los derechos del padre de familia, los derechos del ciudadano, del hombre público, del hombre privado, los derechos de la conciencia, los derechos de la Iglesia como sociedad perfecta y los derechos del mismo Dios; para derivar de ese derecho primitivo y substancial los derechos de todas las legislaciones humanas, y para hacer ver á un siglo que blasona de racionalista cuánto se aparta del dictamen de la recta razón. Si la ley humana, si la legalidad con la cual se pretende esclavizarnos se aparta del derecho natural, es necesario protestar contra esa legalidad anormal, como hicieron los mártires y apologistas de los primeros siglos; emanciparnos de la ley para entrar en el derecho.

10. Después del derecho natural, que es á las legislaciones humanas lo que la razón es á la fe, ha de darse á conocer la Iglesia, su constitución íntima, su acción sobre las almas y sobre la sociedad, sus derechos, derivados de su propia esencia y de su cabeza invisible, Jesucristo, Dios y hombre, que la ha fundado. El estudio de la constitución de la Iglesia es parte principalísima de la apología contemporánea, toda vez que la controversia no tiene por objeto el saber cuál es la verdadera Iglesia de Cristo, como sucedía en la época de la aparición del protestantismo, sino el saber si es ó no esencial á la Religión la existencia de una Iglesia con su jerarquía de cabeza visible, obispos, sacerdotes y ministros inferiores. Analizando sus dogmas, su moral y sus sacramentos, se llegará al conocimiento de la estructura interna de ese cuerpo, perfectamente organizado por Jesucristo; descubriránse sus órganos esenciales, sus funciones vitales y necesarias, la harmonía del conjunto y de sus partes todas, y se pondrá de relieve su íntima constitución, tan desconocida por desgracia, por más de que sea ella el mismo cristianismo vivo, que viene al través del tiempo y del espacio ejerciendo su acción benéfica sobre las almas. Los derechos de la Iglesia y las prerrogativas con que la ha investido su divino Fundador, resultan como consecuencia natural de su propia constitución y de su misión sobre la tierra.

11. Respecto á las ciencias naturales, por más de que la verdad jamás sea contraria á la verdad, ni haya por tanto motivo alguno de alarma ante los rápidos progresos de la ciencia, no se puede dudar de que la lucha ha tomado en nuestros días proporciones gigantescas, á causa precisamente de los desvanecimientos intelectuales á que han dado ocasión aquellas conquistas prodigiosas, precipitando á mu-

chos sabios, de las serenas alturas de la ciencia, en una infatuación vecina de la locura. Aspira la geología á demostrar la falsedad del *Génesis,* y á sustituir su relato con teorías fantásticas, que no se deducen de los hechos geológicos conocidos, y con las cuales se quiere explicar *à priori* el origen y transformaciones del globo, el diluvio y otros puntos importantes de la Historia sagrada. Confunde la astronomía el dogma con la exégesis privada, para alzar muro de división entre la ciencia y la fe. Acude la biología á la desacreditada hipótesis de las generaciones espontáneas, para eliminar al Criador. La paleontología, con sus cotidianos descubrimientos, se proclama incompatible con el hexámeron y arroja á la faz del creyente sus fósiles, como un mentís de los fundamentos del cristianismo. Contradice la antropología los datos bíblicos acerca del origen y naturaleza del hombre, su antigüedad y propagación y la unidad de su especie. Cree la fisiología que le basta estudiar el cráneo humano y las funciones del cerebro para negar la espiritualidad del alma, sin que sean menos radicales las conclusiones de la etnografía, auxiliada en tan ingrata labor por la filología, la geografía y la crítica histórica.

12. Sin duda que estas aparentes contradiciones son pura fantasmagoría, como fantasmagoría es la aspiración de Renán, de que la humanidad sorprenda algún día el secreto de la vida y venza á la muerte, cogiendo del árbol de la ciencia el fruto de la inmortalidad con el cual soñó Eva, seducida por el demonio tentador. Las ciencias naturales estudian el mundo físico, descomponiendo y recomponiendo sus elementos, indagando las fuerzas que le mueven y tratando de conocer las leyes que lo rigen; y preciso es reconocer que, gracias al método de observación y de experiencia empleado, y á los grandes medios auxiliares de que hoy disponen, el éxito más completo viene coronando sus esfuerzos. Los progresos son admirables, y nuevas sorpresas serán sin

duda el premio de las fatigas perseverantes de los sabios; sin que por eso dejara de sentarles bien la modestia, que á veces falta. ¿Para qué ocultarlo? Ninguna de estas ciencias que se glorían locamente de resolver los múltiples problemas de la vida, que suprimen á Dios y se constituyen á sí mismas como religión de lo porvenir, ninguna de ellas está aún en posesión de su objeto; balbucen muchas apenas, envueltas en los pañales de la cuna; poseen otras abundantes noticias y escasas demostraciones, y tienen todas muchísimo que aprender, y débese quizás á ese estado rudimentario la audacia casi insolente con que algunas veces pretenden resolverlo todo, juzgar de todo y suplir con la frivolidad de aparatosas ficciones y de temerarias aventuras la falta de soluciones verdaderamente científicas. Ciencias positivas y de experimentación, cuádrales proceder discretamente, apoyadas siempre en hechos y en observaciones perfectamente establecidas y verificadas, para que no se las moteje de conjeturales é hipotéticas.

Si así lo hacen, jamás chocarán contra las verdades de la fe cristiana, que no contradice á la ciencia ni á las demostraciones racionales, sino á las teorías poco científicas, á las hipótesis infundadas é inspiradas únicamente en conjeturas y acaso en pasiones bastardas, causa de la incredulidad de algunos sabios. Pues no es un misterio para nadie que hay empeño decidido en eliminar á Dios del mundo, y que este ideal se proponen algunos cultivadores de las ciencias naturales, quienes dejarían en paz y aun ensalzarían hasta las nubes la cosmogonía incidental de Moisés, si este autor no viniera rodeado de la auréola de la inspiración y hablando en nombre de Jehová. Para desbrozar este caos—lo hemos dicho más arriba—ha menester el apologista, aparte de la ciencia religiosa, adquirir especial competencia en todas las ciencias naturales, que es labor larga y trabajosa; hablar su propia lengua para que le comprendan los sabios, y para es-